

Capítulo VIII. Burke, el inclasificable	107
<i>a)</i> Libertad	107
<i>b)</i> Igualdad	109
<i>c)</i> El anticolonialismo	111
<i>d)</i> El rechazo del etnocidio	111
<i>e)</i> El rechazo de los monopolios	112
<i>f)</i> La importancia de las élites	112
<i>g)</i> Un concepto místico de la “nación”	113
<i>h)</i> Las tradiciones como cimiento de la nacionalidad	115
<i>i)</i> El contrapunto entre tradicionalismo y desarrollo	115
<i>j)</i> El equilibrio entre Corona y Parlamento	116
<i>k)</i> La importancia del espíritu de compromiso	116
<i>l)</i> Un rechazo total de las fórmulas abstractas, con pretensión de validez absoluta, en la política	117
<i>m)</i> Un fondo religioso detrás del espíritu de modera- ción	117

CAPÍTULO VIII

BURKE, EL INCLASIFICABLE

Las ideas de Burke resultan ser coherentes entre ellas, eso sí; pero cuando las interconectamos, aunque nos presente un “sistema”,¹¹⁸ éste no dejaría encerrarse en uno de los “ismos” a los que estamos acostumbrados en la discusión politológica actual de estilo continental y latinoamericano.

Pasemos revista a los elementos sobresalientes de la ideología de Burke.

a) Libertad

En cuanto al ideal, semánticamente confuso, de la “libertad”, hemos hecho para el presente trabajo una tripartición entre 1) autonomía regional, 2) libertades tradicionales en que “el pueblo” insiste frente al poder central (fenómeno más bien histórico, anterior al auge de la democracia moderna), y 3) derechos pretendidamente intocables del individuo (“derechos humanos”).

1) Analizando el aspecto de “libertad” de grupos regionales, pertenecientes a un conjunto amplio (como era —y es—

¹¹⁸ Desde luego, éste no es de un rigor férreo, lo cual iría en contra de los elementos de realismo y moderación que el mismo sistema recomienda. Un rigor total sólo podría nacer del espíritu geométrico que Burke precisamente reprocha a los politólogos jacobinos.

la comunidad británica), Burke propugna un alto grado de autonomía local, como vemos en su actitud hacia los problemas de Irlanda y de las colonias americanas. A este respecto, Burke merece los aplausos del neoliberalismo, con su tendencia hacia la descentralización.

2) Burke también tiene simpatía por los movimientos que quieren defender las “libertades tradicionales”, pero quizás no tanto por tratarse de “libertades”, sino más bien por tratarse de elementos de la *tradicición*, que como tales tienen a su favor una presunción de respetabilidad (aunque no más que una presunción *iuris tantum*).

El neoliberal promedio no se entusiasmará tanto como Burke por las tradiciones: su visión se dirige más bien hacia lo futuro. Además, a causa del relativo triunfo de la democracia moderna, ya no se presentará fácilmente el caso de que “el pueblo” tenga que insistir en sus tradiciones frente al poder estatal.

3) Respecto de las pretendidas “libertades” intocables del individuo, derivados de un derecho natural, Burke adopta una actitud prudente.¹¹⁹ En el caso extremo de la esclavitud, no tiene dudas, y siempre combate esta institución; pero por lo demás, los derechos humanos, pretendidamente inherentes al individuo e intocables por el legislador, le huelen demasiado a las fórmulas abstractas que, en su aplicación o intentada aplicación a la política práctica, constituyen una de sus más anatematizadas *betes noires*.

En la vida comunal real siempre se debe equilibrar un interés con otros, en un espíritu de flexibilidad y equidad: si ciertos “derechos” llegan a la discusión general con la pretensión de ser reconocidos como absolutos e intocables, por

¹¹⁹ En su primer gran discurso sobre la India, Burke parece calificar los derechos fundamentales como “sagrados”, pero cuando analizamos este pasaje resulta que Burke se refiere a los derechos anclados en las grandes tradiciones inglesas, sobre todo la Magna Charta de 1215, no de los derechos humanos en sentido lockiano.

ser derivados de un orden superior —divino o “natural”—, tal arrogancia perjudica a la posibilidad de establecer, de momento a momento, un equilibrio (siempre provisional, *ad hoc*) de intereses. En el campo de la política, lo “absoluto” e “incondicional” son elucubraciones teóricas (independientemente de si proceden de la derecha o de la izquierda).

El neoliberalismo parece inclinarse hacia el otorgamiento de una prioridad absoluta a los “derechos humanos”, y para algunos esto es un dogma de fe, anclado en reacciones emocionales, a menudo pavlovianas: para ellos, se trata de algo que queda ya fuera de discusión. Sin embargo, ya está ganando espacio la idea de que debemos establecer una jerarquía entre las diversas ramas del concepto general de los “derechos humanos”. Algunos, como la protección contra la tortura y la prohibición de la esclavitud,¹²⁰ parecen ser de validez absoluta, pero otros, aunque a primera (y a segunda) vista muy respetables, no deben concederse en forma incondicional, de manera que la idea burkiana de un equilibrio entre tales “libertades” individuales y otros intereses sociales quizás no siempre será incompatible con la visión neoliberal.

b) Igualdad

Burke rechaza la idea de la igualdad, por totalmente irrealista: un producto abstracto de los que más tarde serían designados como los “terribles simplificadores”, los fabricantes de las fórmulas políticas cerebrales, carentes de sangre. Si un grupo de idealistas recibe el poder para basar la organización social en la (inexistente) igualdad, en la práctica siempre se producirá finalmente un resultado contrario a sus

¹²⁰ Que en su forma cruda parece todavía afectar a algunos millones de seres humanos (por ejemplo, en países africanos) y que también subsiste en forma diluida, parecida (un caso) a la condición de los “siervos”, a diferencia de “esclavos”, de manera que la *Anti Slavery Society*, de rancio abolengo, todavía tiene tareas que desempeñar.

ideales originales: la dictadura, la clase privilegiada de la *nomenklatura* soviética, etcétera.

Sin embargo, la idea de la igualdad tiene un apoyo emocional tan fuerte que resulte difícil que el neoliberalismo, en su teoría y en sus consecuencias prácticas, retroceda a este respecto, y uno de los grandes problemas de la política moderna (por ejemplo, en su aspecto electoral) es el de armonizar la ficción abstracta de la igualdad con la realidad de una evidente desigualdad —desde el punto de vista de la capacidad de comprensión de los problemas nacionales y desde otros ángulos. Hemos visto el rechazo que hace Burke de la idea de su sufragio universal, a cuyo respecto continúa una línea que ya existió en Platón. Los argumentos al estilo de los de Platón y Burke son fuertes, pero el sufragio universal ya ganó, y tenemos que aprender a vivir con él; sería suicida que el neoliberalismo retrocediera al respecto, y lo mejor que podremos hacer es:

1. Educar al electorado, políticamente, en forma objetiva;¹²¹

2. Frenar ciertas técnicas con que agrupaciones políticas traten de influir emocionalmente en la actitud de las grandes masas, y que no corresponden a las reglas de *fair play* que todos intuimos,¹²² a este respecto; y

3. Combatir el hecho de que ciertas personas o agrupaciones, refiriéndose a pretendidas conexiones sobrenaturales, traten de influir en la actitud política de grupos creyentes mediante una especie de *Deus vult*. Si un clérigo explica su preferencia política y la combina con la sugerencia de que la

¹²¹ Para elecciones municipales en los Estados Unidos veo, por ejemplo, la circulación previa de hojas, publicadas por todos los partidos en conjunto, con fotos y breves biografías de los diversos candidatos, y sus contestaciones individuales a listas uniformes de preguntas.

¹²² El término “todos”, en esta frase, es algo optimista. En realidad, estuve pensando en personas como el lector y el autor de estas páginas. Inclusive en forma subconsciente, constantemente la idea de una “élite” se infiltra en nuestro pensamiento sobre estos temas.

Iglesia —o, de plano “Dios”—, estén de acuerdo con ella, se viola el principio igualitario de “un hombre, un voto”.

Estamos aquí en presencia de un auténtico dilema; leyendo y pensando sobre este problema, y observando la realidad, uno finalmente se encuentra con una opinión para los lunes, miércoles y viernes, y la opinión opuesta para los otros días de la semana...

c) El anticolonialismo

Burke rechaza la idea que todos deban tener igual influencia en el manejo del timón estatal, pero de ningún modo se resigna ante formas chocantes de desigualdad (como la esclavitud) y rechaza la idea de que el poder estatal debiera quedarse con los brazos cruzados ante una explotación de débiles a manos de poderosos.

Esta actitud se manifiesta también en el plano internacional, y algunas de las páginas más vibrantes de su obra contiene su emocional defensa, durante catorce años, del derecho de los millones de marginados de la India, de no ser explotados, maltratados y humillados en su cultura, por grupos extranjeros.

A este respecto, un neoliberal debe considerar a Burke como uno de los grandes precursores.

d) El rechazo del etnocidio

Hemos visto que Burke inclusive llega a considerar indebido que poderosas organizaciones extranjeras traten de imponer su cultura y su religión, a enormes conjuntos étnicos que desde hace varios siglos ya estuvieron acostumbrados a otras tradiciones; encontramos en Burke a un precursor de la lucha contemporánea contra el etnocidio, o sea contra el ejercicio de presiones para que grupos étnicos se asimilen a la cultura

y civilización de grupos poderosos que se consideran a sí mismos de “cultura superior”.

Tengo la impresión de que el neoliberalismo como tal no tenga una clara posición en relación con el etnocidio.¹²³ A primera vista, los argumentos en contra del etnocidio parecen de noble cepa humanitaria, pero la protección de las culturas étnicas ¿no va en contra de la equiparación de los sexos? Y ¿conviene aceptar el riesgo de que el derecho nacional se fraccione de acuerdo con criterios étnicos?¹²⁴

e) El rechazo de los monopolios

Hemos visto que Burke considera los monopolios como incompatibles con *the law of the land*. Desde luego, el neoliberal está fundamentalmente de acuerdo con esta posición, aunque por otras consideraciones, combinando su preferencia por la libre competencia con su desconfianza general de todo lo paraestatal.

f) La importancia de las élites

Hemos explicado el concepto de las élites que Burke considera esenciales para el funcionamiento de una buena comunidad.

Es difícil que el neoliberalismo como tal siga a Burke a este respecto, aunque en la práctica todos sabemos que, de facto, en cada comunidad se forma una élite que suele dar su tono a la vida de tal grupo,¹²⁵ y, como señala Schumpeter, en la

¹²³ No quisiera insultar al lector recordándole de nuevo la diferencia entre etnocidio (aplastamiento de culturas étnicas) y genocidio (eliminación física de grupos étnicos); sin embargo, mi contacto diario con estudiantes de los primeros semestres me hace quizás excesivamente cauteloso al respecto. ¡Perdone!

¹²⁴ Véase mi “En camino hacia la Declaración Universal de los Derechos Indígenas”. *Crítica Jurídica*, 11, UNAM-Conacyt, 1992, pp. 144-182.

¹²⁵ Nadie consideraría como “conservador” al Premio Nobel Anatole France (era más bien un “socialista de salón”), pero recuerdo de él una observación que

época actual esta élite es muy distinta de la que conoció y defendió Burke; ahora se trata de los que tengan acceso a los medios de información, que dominen la técnica psicológica de influir en las masas y que conozcan el medio oculto del teje-manaje interior de los partidos. Élités siguen influyéndonos, *de facto*, pero tienen características muy distintas de los nobles rasgos que Burke recomienda, y para cualquier ideología actual sería difícil hacer propaganda para las élites que ahora están manipulando nuestras opiniones, de acuerdo con un análisis realista de carácter político-sociológico.

Varios autores neoliberales han detectado el peligro de la actual “élite” (en el sentido arriba indicado) y tratan de disminuir su impacto, estudiando, por ejemplo, las técnicas con que pudiéramos liberar a los periódicos y la televisión de la presión ideológica de los grandes anunciadores, y a este respecto (como también en materia ecológica) quizás está surgiendo una nueva élite, de espíritu académico, más al estilo del ideal burkiana y con una visión más objetiva, que servirá para disminuir el impacto de las “élites”, medio ocultos y sin grandes anhelos de objetividad, que amenazan en la actualidad nuestra convivencia.

g) Un concepto místico de la “nación”

Hemos conocido el concepto interesante, en cierto sentido místico y romántico, que Burke tiene de una nación.

A este respecto, el neoliberalismo está corrigiendo la visión liberal tradicional, introduciendo en su programa varios ele-

hubiera gustado a Burke; si esta noche se muere, al azar, uno sobre tres franceses, estaremos muy tristes, ya que los franceses somos gente de buen corazón; pero Francia continuaría su camino brillante. En cambio, si esta noche se mueren sólo mil personas, pero entre éstos se encontrarían los filósofos más profundos, los mejores arquitectos, pintores, matemáticos, juristas, literatos e ingenieros, Francia tendría que volver a comenzar su vida cultural desde el nivel cero.

mentos de continuidad histórica, de *sustainability* —o sea de consideración por los *nascituri*.

La humanidad presente tiene su responsabilidad respecto de la humanidad futura, y no debe hacer las decisiones económicas sólo en vista de las ventajas inmediatas; debemos frenar una explotación de la naturaleza que quizás proporcione ventajas a corto palazo, pero que acumule graves problemas futuros; a este respecto el punto de gravitación en el juego decisional no debe depender exclusivamente del impacto que tiene sobre el mercado los ciegos apetitos de la masa consumidora de hoy, combinadas con una insensata cacería de ganancias.

Lo anterior también implica una actitud negativa hacia el aumento mundial de la población, Burke no ha podido conocer la famosa advertencia de Thomas Malthus Robert, formulada en su *Essay on the Principle of Population as it Affects the Future Improvement of Society*, ya que éste fue publicado en 1798, un año después de la muerte de Burke; pero dentro de la visión burkiana la generación presente debe a los *nascituri* un mundo habitable, en que no falte, *the unbought graces of life*, lo cual impone a los presentes una actitud responsable hacia la procreación. Esto es un tema que no podemos abandonar a caprichos, decisiones viscerales y urgencias momentáneas de índole individual, y la política iniciada por autoridades estatales de visión humanitaria y racional no debe ser contrarrestada por una autocrática interpretación religiosa de frases colocadas hace miles de años en una obra que muchos consideran sagrada por personas que no tuvieron idea de los problemas de hoy.

Personalmente conozco a pocos neoliberales que no estén de acuerdo con la idea de que es urgente que la humanidad en su totalidad tome serias medidas de control de natalidad —medidas nacionales, apoyadas y coordinadas hasta donde sea posible por organismos internacionales, y cuya eficacia requiere que vayamos más allá de lo que el conservadurismo

religioso, cuando menos católico, permite. Es una lástima que el neoliberalismo laico, a este respecto, queda ahora separado de la corriente social católica, por la encíclica *Splendor Veritatis* (1993), precisamente cuando, desde otros ángulos, la orientación social católica, expresada en encíclicas como *Rerum Novarum* o *Cuadragesimo Anno*, tiene tanto en común con el pensamiento neoliberal.

h) Las tradiciones como cimiento de la nacionalidad

Las tradiciones son la voz de las generaciones pasadas, y para Burke, *prima facie* merecen respeto, pero no en forma absoluta, y es la élite de la nación, que siente la historia nacional correr a través de sus emociones, la que debe decidir, en cada momento, en qué puntos es indispensable modificar algún aspecto de lo tradicional.

El neoliberalismo no puede seguir a Burke en este énfasis (tan británico) en las tradiciones, aunque su preocupación por el “clima humano” de la vida nacional, y su negativa de otorgar al *homo economicus* el lugar central de sus preocupaciones, impulsa a muchos (como a Wilhelm Roepke, por ejemplo) a tomar muy en serio lo que Burke llama tan acertadamente: *the unbought graces of life*, las delicias de la vida que no están en el comercio, elementos esenciales para nuestro bienestar individual y colectivo, y para muchos (como para mí) el aroma de lo tradicional es importante al respecto.

i) El contrapunto entre tradicionalismo y desarrollo

Hemos visto que Burke es relativamente conservador, pero no reaccionario. Reconoce que la vida nacional requiere fluidez y cambio en forma perpetua, pero que, fuera de situaciones de emergencia (como en la crisis de 1688) estos cambios deben hacerse mediante pequeños pasos, y en un ambiente de continua predisposición para ajustar el rumbo

si la reacción de la realidad ante el experimento no corresponde a las expectativas.

A este respecto, el neoliberalismo, desde luego, está de acuerdo con Burke. Precisamente reprocha al régimen de la economía dirigida burocráticamente que en ella los cambios se hacen con demasiado brusquedad, por decretos que imponen brincos, después de acumularse ciertas tensiones, que en el sistema del mercado libre se absorben gradualmente, de día a día.

j) El equilibrio entre Corona y Parlamento

Para esta política es esencial una cordial colaboración entre la Corona y el Parlamento, pero la voz cantante debe ser la del Parlamento, y debe evitarse que el Poder Ejecutivo tenga posibilidades financieras fuera del control del Parlamento, con que pudiera comprar simpatía de parte de la élite responsable (dentro o fuera del cuerpo representativo).

A este respecto, Burke es, desde luego, un auténtico liberal: acepta y refina el pensamiento de Montesquieu propugnando una relativa independencia de los tres poderes, en la que el impacto de Don Dinero (siempre más fácilmente a la disposición del Poder Ejecutivo que del legislador) queda reducido a un mínimo.

k) La importancia del espíritu de compromiso

A través de las páginas de Burke encontramos su simpatía por una política prudente y realista, caracterizada por un ambiente de *give and take* y con una predisposición hacia la moderación y el compromiso,¹²⁶ imbuida de tolerancia

¹²⁶ “Todo gobierno —y en realidad cada beneficio y goce humano, cada virtud y acto de prudencia— surge de un fondo de compromiso y de concesiones recíprocas” (Segundo Discurso sobre la Conciliación con América, 22 de marzo de 1775).

respecto de opiniones ajenas. Esto implica la buena voluntad de nunca llevar las propias victorias hacia extremos, y de cambiar, con ayuda de ellas, sólo lo estrictamente necesario. Esta actitud de Burke está en el fondo de la esencial diferencia que él ve entre la Revolución Gloriosa, de 1688, y la Revolución Francesa, desencadenada 101 después.

Ningún liberal, obviamente, objetará la actitud burkiana a este respecto.

l) Un rechazo total de las fórmulas abstractas, con pretensión de validez absoluta, en la política

Hemos esbozado como Burke quiso expulsar de la política todo dogmatismo que tienda a la aplicación mecánica, ciega, de alguna teoría abstracta que según sus adeptos tiene una validez universal y ofrece la clave para la comprensión de la realidad; es mejor reconocer honradamente que el mundo es tan complejo que sólo podemos tener la ambición de arreglar ciertos problemas uno por uno, en un espíritu de realismo y conciliación, en vez de soñar con la aplicación de una fórmula global para resolver de golpe todos los problemas de una vez para siempre.

Este aspecto del ideario de Burke, tan ligado al requisito de la moderación, es también central en el neoliberalismo, y desde que inicié mis lecturas neoliberales, atraído por las obras de Röpke, Hayek y otros, ya hace medio siglo, la observación de la actualidad nacional e internacional y de la historia, me ha confirmado que conviene desconfiarse de las grandes soluciones politológicas, basadas en teorías abstractas.

m) Un fondo religioso detrás del espíritu de moderación

Esta esencial predisposición hacia del compromiso nace más fácilmente en una atmósfera imbuida por una ética común, que no sea impuesta por la fuerza, sino que surja de

una sensibilidad religiosa, variada en sus particularidades teológicas y litúrgicas, pero unificada en lo esencial por la creencia de todos en una fuerza sobrenatural, personal —siempre que este concepto de “Dios” ayude para el fortalecimiento de una ética compatible con las necesidades de la vida comunal. Entre tales religiones de fondo ético aceptable, debe reinar un ambiente de tolerancia y el Estado no debe discriminar entre ellas.

El neoliberalismo, obviamente, acepta esta idea de la tolerancia religiosa. Sin embargo, también hemos visto que el beneplácito de Burke en esta materia no se extiende hacia el ateísmo, ya que, en opinión de Burke, éste no contribuiría nada al necesario ambiente de moderación. Es que en aquella época Burke conocía el ateísmo todavía virulento y juvenil, ruidoso, y no la corriente actual de escéptico agnosticismo al estilo russelliano: el resignado reconocimiento de que no vale la pena que nos excitemos por temas que a causa de la naturaleza —y de la nuestra— quedan fuera de la capacidad intelectual humana, y que debemos desconfiarnos de los que se nos acercan con la buena noticia de que, por canales especiales, sobrenaturales, dispongan de noticias concretas sobre la realidad extrahumana (que a menudo tratan de aprovechar para crear estructuras económicas y de poder, sumamente terrestres).

Creo que tal agnosticismo, que no carece de ética pero que deriva ésta de otras fuentes que de revelaciones pretendidamente divinas, puede favorecer un apoyo al espíritu de moderación y a una convivencia pacífica.

-o0o-

Así encontramos en Burke un paquete de ideas coherentes, en el cual varios elementos corresponden al liberalismo —no olvidemos que Burke era básicamente un whig— y en el neoliberalismo encontramos inclusive un ambiente, todavía

más afín al espíritu general de su ideario de lo que ha sido el caso en el liberalismo tradicional.¹²⁷

Por otra parte, varios aspectos del pensamiento burkiano lo separan, parecen separarlo, del liberalismo.

No estoy pensando en su crítica de la Revolución Francesa. Como hemos visto, es fácil justificar la aversión burkiana hacia este evento a la luz de una actitud fundamentalmente liberal: después de los acontecimientos del verano y otoño de 1789, cuando muchos observadores pensaban que la Revolución Francesa había terminado, Burke, mejor enterado de los detalles y dotado de una intuición formada por cuatro décadas de íntima convivencia con la política, comprendía que estuvieron germinando en Francia ciertas ideas, abstractas, incompatibles con el necesario espíritu de moderación, y que se estaba preparando un terrible segundo acto del drama recientemente iniciado. Su violencia verbal, al respecto, es una reacción ante el apatía de muchos whigs hacia aquella revolución, o inclusive ante su flirteo con ella (como en el caso de Fox).

A este respecto, la actitud de Burke no es antiliberal, sino antijacobina.

No; más que su violenta condena de los sucesos revolucionarios en Francia, los aspectos de su pensamiento que son impedimentos para su completa incorporación póstuma al mundo neoliberal parecen ser:

a) su negativa de reconocer a los “derechos humanos” un valor absoluto;

b) la importancia que otorga a las élites nacionales, cultas y con una tendencia hacia una visión objetiva;

¹²⁷ Aspectos burkianos, cercanos al ambiente neoliberal más que al liberal-tradicional, son, por ejemplo, la preocupación por ajustar el juego de las fuerzas económicas al interés de los *nascituri* (pensemos en la política ecológica) y el anticolonialismo.

c) en íntima relación con el punto anterior, su rechazo de la idea de un sufragio de base amplia, y

d) su renuencia de conceder, dentro de la libertad religiosa, un *locus standi* al ateísmo.

Por lo tanto, Burke no cabe claramente dentro de los moldes de los “ismos” contemporáneos.

Un hombre que cree en la necesidad del cambio no es un “reaccionario”. Un paladín que defiende los intereses de las colonias americanas contra su propia patria, que combate el colonialismo y el etnocidio, y que crítica la preponderancia de la Iglesia oficial anglicana en la Irlanda católica, tampoco es un “conservador”. Pero un hombre que subraya la necesidad de élites a nivel decisonal, que critica la idea de una ampliación del sufragio, y que se niega a reconocer el derecho individual de ser agnóstico o ateo, tampoco es un moderno “liberal”.

Supongo que esta dificultad de clasificar a Burke es comparable al problema de todo ciudadano moderno, sinceramente interesado en la vida de su país. En la mayoría de los casos, finalmente uno declara que pertenezca a tal o tal grupo, pero nunca está plenamente satisfecho con su elección;¹²⁸ y, sin embargo, si ha elaborado sus convicciones racional y honradamente, no puede faltar una íntima coherencia espiritual entre sus diversas ideas cívicas: en todo observador de la política surge finalmente algo como un “sistema”, pero éste no necesariamente apunta hacia el molde de algún “ismo” generalmente reconocido.

Supongo que todos, en la medida en que tomemos más en serio nuestra actitud frente a los problemas nacionales, nos volvemos cada día más inclasificables...

¹²⁸ He oído decir por nuestro doctor Raúl Cervantes Ahumada que se considera como un priista fuera del PRI. Supongo que la gran mayoría de personas, de la inteligencia y honradez de don Raúl, llegaría a una conclusión semejante.